

NOSOTROS Y ELLOS

M^a Carmen Gil del Pino
Profesora Dpto Educación
Universidad de Córdoba
Abril/07

En coche, satisfecho el estómago, vestidos de modo conveniente y con adornos a capricho, con dinero..**nosotros**; a pie, con hambre, andrajosos, desprovistos de todo..**ellos**. Nuestros niños despatarrados en el asiento de atrás, entre cojines, camino de la escuela; los suyos encogidos en un improvisado carro, entre utensilios viejos, rumbo a la chatarrería. ¿Qué vida nos ríe –a **nosotros**– y se carcajea –de **ellos**–? ¿Qué ley, qué privilegio nos asiste y los estruja? ¿No es la justicia participar de las cosas en igualdad de condiciones? ¿No exige, acaso, que unos respondamos de otros?

A sus anchas se pasea por las calles la desigualdad. A sus anchas. Derroche y miseria. Indiferencia y drama. Sangre fría y caliente. Al confrontar una realidad con otra..nada. Ni una chispa salta. No los vemos. No nos miran. Blancos puros (¡si somos mestizos!: somos iberos cruzados con celtas, romanos, visigodos, árabes, judíos, indios.), asépticos, criaturas angelicales, decentes, con sello de autenticidad..**nosotros**. Blancos impuros, contagiosos, demonios, indecentes, falsos..**ellos**.

«Culpables. Son vagos. Sucios. Malos. Todos. Todos. Todos» Contundente veredicto (mental, inconsciente, inalterable). ¿Qué es: juicio o prejuicio? ¿Culpables de su propia miseria y desolación? ¿Culpables de su suerte? ¿Seguro? ¿Todos? ¿Y los niños también?

Pues son de la misma sustancia que **nosotros**. Y no tienen menos. Son idénticos a nosotros en lo grande, no en lo menudo. Y lo grande es la vida. ¿Hay otra cosa mayor que la vida? Cobijados bajo el mismo sol, mirando y persiguiendo el mismo horizonte, respirando el mismo aire, alumbrados por la misma luz, con la misma dignidad, con los mismos derechos, iguales, iguales, iguales. En su poder, como en el nuestro, el *obrar bien* y el *obrar mal*. Ni buenos ni malos, por tanto, de entrada. Pueden ser depravados pero también pueden no serlo. No corrompe la pobreza más que la riqueza.

Si nos fuese posible –a **nosotros**– sacar de nuestro sentido lo que se nos ha inculcado sobre (contra) **ellos**, si tomásemos en cuenta sólo lo que corre por nuestro cerebro al contacto directo con sujetos reales (con cara, con voz, con nombre, con sufrimiento), comprenderíamos que no son, en masa, seres perversos, ni vagos, ni sucios, ni contagiosos..sino criaturas que, acorraladas por una situación de injusticia, de terrible injusticia, saltando todo tipo de obstáculos –cultura, idioma, economía, rechazo, clima, vivienda, sanidad, educación, etcétera–, se han refugiado en nuestra tierra a fin de emprender una nueva vida, una vida que de momento consiste en arrastrar como bestias, desde que nace hasta que se pone el sol, un carro lleno de chatarra. Son, sin duda, seres arrojados, bien constituidos en lo emocional, pues soportan con entereza un doloroso y doble proceso de desaparición –en su país, del que han desaparecido real, literalmente, y en el de “acogida”, donde lo hacen metafóricamente, al no ser vistos ni tenidos en cuenta por (casi) nadie–; sujetos que, a fuerza de imaginación y de arrojo, se resisten a perecer; personas empecinadas, recias, pacientes, optimistas...que realizan, en suma, de manera humilde y a la vez grandiosa, la tarea básica de la vida, que es vivir. Lo mismo que nosotros. Idéntico.

Barreras no hay, o apenas, excepto las mentales. Estamos, **nosotros** y **ellos**, aquí. Ahora. Encima de la tierra, una tierra sobre la que todos poseemos, como proclama Kant, “el derecho de propiedad en común”. Nadie tiene prerrogativa para estar en una determinada parte

de ella. Y, al ser su superficie esférica, al ser limitada, por más que nos distanciamos siempre acabaremos re-encontrándonos, re-uniéndonos. Nos une el espacio, el tiempo, la vida. ¿Cuesta tanto apercibirse de esto? Coexistimos. Convivamos. ¡Y pensar que la colosal distancia es, mirándolo bien, nada, humo!